

# Una búsqueda en el desierto

*Historia narrada por Mehul Joshi*

*Esta historia acerca de un perspicaz cuervo está basada en una fábula de Esopo. Los cuervos tienen un especial significado durante en la observancia de Pitru Paksha, un periodo dedicado a honrar a los ancestros. Como parte de esta tradición que se origina en los tiempos védicos, las personas realizan rituales y prácticas espirituales dedicadas a sus seres amados que han fallecido. Uno de dichos rituales es ofrecer comida, en nombre de los ancestros, a los animales, especialmente a los perros, cuervos y vacas. Se dice que la comida que se ofrece finalmente la reciben los ancestros mismos, nutriéndolos y otorgándoles contentamiento.*

Wahn, un cuervo, voló alto sobre la árida y roja extensión del desierto central de Australia. Mientras volaba, hizo una suave inclinación a sus alas, ¡y ahí estaba! La corriente de aire cálido que le permitiría elevarse... y elevarse... y deslizarse sin esfuerzo a través del vasto cielo azul. Era un truco aprendido de su madre, una manera de montar los vientos, un truco que había sido transmitido en su familia por generaciones y generaciones de cuervos.

Wahn examinó la tierra debajo de él. Los brillantes campos de flores silvestres que habían cubierto brevemente la tierra tostada por el sol después de la última lluvia, habían desaparecido hace mucho tiempo. Todo lo que quedaba eran dunas erosionadas que eran arrastradas en largas filas paralelas por los fuertes vientos.

Al surcar el profundo cielo azul, el brillante plumaje negro azabache de Wahn parecía relucir bajo el sol inclemente, como si sus plumas se hubieran sumergido en agua. ¿Pero cómo podía ser eso así? En esta sequía, más intensa que ninguna otra que Wahn hubiera recordado, no había caído ni una sola gota de lluvia en más de cien días. La resequedad en la garganta del cuervo era un constante recordatorio de su probable destino.

Durante varios días, Wahn había realizado una búsqueda aérea de agua, sin éxito.

¡No importaba! Wahn era un cuervo; no se daría por vencido. A través de sus ojos cansados, miró la tierra debajo de él una vez más.

De repente logró ver algo. El calor removió la arena como si se tratara de olas, con formas distorsionadas. ¿Sería solo su imaginación?

¡No! Ahí estaban, cada vez más a la vista conforme descendía, los restos de una choza, su techo de paja y, con él, la sombra. ¡Preciosa sombra! Tanto para los animales como para los nativos y colonizadores, la sombra era el gran alivio del tórrido calor del desierto. Wahn podía escuchar surgir de su interior el cadencioso canto de su madre: “La sombra es preciosa. La sombra es vida”. Dobló sus alas y se movió con rapidez hacia la tierra con dirección a la choza.

A medida que Wahn aterrizaba en una saliente bajo la fresca sombra, vio que algo había en la saliente: un contenedor. Al instante, su inteligente mente se apresuró. Investigando, sacudió el contenedor y escuchó un inconfundible sonido en su interior: ¡Era agua! Era una jarra de agua que había sido dejada en la saliente de esta choza abandonada.

De seguro que era un milagro. “¡Whaaaa!”, Whan emitió con deleite el agudo canto de cuervo que sonaba como su nombre, “¡Whaaaa!”

Wahn desplegó sus alas mientras se colocaba cerca de la jarra. El recipiente tenía un amplio vientre que se estrechaba en un cuello alto y un tapón de corcho que sellaba la parte superior.

Wahn empezó a trabajar de inmediato. Se aferró al cuello de la botella con sus garras, tomó el corcho con su pico, con un aleteo frenético, jaló con todas sus fuerzas, pero el corcho no cedió.

Wahn retrocedió, miró la jarra y, una vez más, como si su madre susurrara a su oído: “La estrategia supera a la fuerza”, Wahn ladeó su cabeza y reflexionó en ¿cuál sería su estrategia? Ajustó su pico de modo que en lugar de jalar, ahora estaría girando, rotando y desenroscando el corcho.

Y ciertamente, con un “pop” satisfactorio, salió el corcho.

Wahn trató de alcanzar la salvadora agua en el fondo de la jarra, pero por más que trataba, no podía meter su cabeza a través del estrecho cuello del recipiente para alcanzar la anhelada agua de abajo.

¿Qué podía hacer?

Trató de ladear el recipiente; demasiado pesado.

Trató de sacar el agua con una varita; demasiado complicado.

Trató de romper el cuello de la jarra con una piedra; demasiado resistente.

Whan reflexionó. El usualmente fértil espacio de su mente se sentía seco y carente de ideas, como el fardo de arbustos spinifex secos que surcaban el polvoso desierto frente a él.

Buscó en el pasado, en su memoria.

Luego, no le surgió la respuesta sino la pregunta: ¿Qué haría su madre?

La madre de Wahn había sido una cuerva inteligente. Veía todo reto como una oportunidad de mirar el mundo con ojos nuevos.

En una ocasión, cuando su hambrienta parvada no había podido entrar en un granero cerrado, la madre de Wahn les había mostrado cómo entrar volando a través de un ventilador que giraba con lentitud, bajando por una grieta

espaciosa que daba al granero, y les permitía salir nuevamente ¡con gran facilidad! Era muy motivante.

Revitalizado, Wahn remontó el aire y voló en círculos justo arriba de la choza, buscando, buscando una posible solución.

Esparcidas en los alrededores, Wahn observó unas pequeñas piedras ferrosas de color gris y negro, vestigios de las minas de ópalo de la región. Las piedras oscuras sobresalían en la arena rojiza como si se tratara de muchos brillantes ojos negros que miraban hacia él, lo cual le recordaba que su parvada estaba cerca.

Luego recordó las palabras de su madre a su parvada. “Trabajen juntos”, decía con frecuencia, “¡y podrán hacer cualquier cosa que necesiten hacer!”

“Por supuesto”, pensó Wahn.

Con un graznido que era como la llamada del clarín a la acción, Wahn convocó a la parvada.

En segundos, una parvada de sombras aladas descendió de los cielos. Una ráfaga de plumas rodeó a Wahn conforme su parvada plegaba sus alas. “*Whaaa, whaaa*”, decían su nombre en coro. Luego se hizo el silencio y lo miraron con expectación.

Wahn se abalanzó hacia abajo, tomó una de las piedras con su pico, y la dejó caer dentro de la jarra. Luego otra, y otra. Diligentemente, los otros cuervos hicieron lo mismo en una especie de danza aérea invisiblemente coreografiada. De manera lenta pero segura, piedra tras piedra, el agua gradualmente subió de nivel hasta el tope de la jarra.

Y cuando eso sucedió, entonces cada cuervo inclinó su cabeza hacia la boca de la jarra y pudo apagar su sed.

